

**DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat**  
**18 de septiembre de 2016**  
**Am 8, 4-7; 1Tim 2, 1-8; Lc 16, 1-13**

Queridos hermanos:

El evangelista san Lucas, nos está ofreciendo estos domingos una reflexión sobre los peligros de una inclinación excesiva al dinero, a los bienes materiales y a todo lo que impide vivir en plenitud nuestra vocación cristiana amando a Dios y a los hermanos.

En el evangelio de hoy hemos escuchado la parábola que nos habla de un administrador injusto, hoy diríamos corrupto, que nos puede sorprender bastante, porque parece que el Señor alaba la astucia de un administrador corrupto. Pero analizándola a fondo, el Señor nos da una enseñanza seria y muy saludable.

Como hace otras veces, el Señor toma como punto de partida sucesos de la crónica diaria: habla de un administrador que está a punto de ser despedido por gestión fraudulenta de los negocios de su amo y, para asegurarse su futuro, con astucia trata de negociar con los deudores. Ciertamente es injusto, pero astuto: el evangelio no nos lo presenta como modelo a seguir en su injusticia, sino como ejemplo a imitar por su astucia previsor. Es decir, Jesús nos dice que por medio de las riquezas terrenales tenemos que conseguir las verdaderas y eternas. En efecto, si hay personas dispuestas a todo tipo de injusticias para obtener un bienestar material siempre aleatorio, mucho más nosotros, los cristianos, deberíamos preocuparnos de proveer a nuestra felicidad eterna con los bienes de esta tierra.

En la realidad que nos toca vivir, podría ser que estemos demasiado pendientes de estar a bien con los negocios, con los bancos, con los amigos o con los enemigos pero -no siempre- hacemos balance de cómo está nuestra relación con Aquel que nos creó, con Aquel que nos hizo hijos suyos por el bautismo.

Sería bueno que, en esta celebración, nos preguntáramos: ¿Somos lo suficientemente prudentes con todo lo relativo a Dios? ¿Le tratamos con dignidad? ¿Estamos interesados en su reino o, por el contrario, nos puede la codicia de las riquezas? ¿Procuramos ajustar nuestra vida, nuestra conducta, nuestras actitudes con el evangelio?

Ahora bien, la única manera de hacer que fructifiquen para la eternidad nuestras cualidades y capacidades personales, así como las riquezas que poseemos, es compartirlas con nuestros hermanos, siendo de este modo buenos administradores de lo que Dios nos encomienda.

En la segunda lectura, el apóstol San Pablo nos exhortaba a una generosidad que se manifiesta en un amor sincero a todos y en la oración. En realidad, orar por los demás es un gran gesto de caridad. La oración le hace bien a uno mismo en la medida en que nos ponemos en presencia de Dios para interceder por algo determinado; y con la oración utilizamos la fuerza más poderosa que existe para cambiar el mundo, la gracia de Dios. Esta mueve los corazones, reconcilia las ofensas, une voluntades, guía nuestras buenas acciones.

Que la Virgen nos enseñe a conocer los tesoros que perduran, los que no se apolillan, y nos ayude a poner en ellos nuestro corazón, nuestra vida, amando a Dios y a los demás -en especial a los más pobres-, por Dios.